



Una inesperadamente larga deliberación mantuvo al país haciendo una prolongada antelara para recibir al Premio Nacional de Literatura 1984.

Casi sorprendente, porque entre los quince nombres dispuestos a que les "asestaran" el galardón, en el curioso decir de Alfonso Calderón, había dos o tres cuyos méritos son tan indiscutibles, que la designación de cualesquiera habría arrancado la multitud de aplausos que levantó la feliz elección de Braulio Arenas.

Recuerdo que hace ya muchos años, a la hora en que cabeceaba la tarde la siesta de enero, en una penumbrosa oficina de la Biblioteca Nacional, Eduardo Barrios me decía que era una tontería que el Premio Nacional de Literatura se otorgara anualmente, como lo era por entonces. Que de esa manera empezaría por entregarse a los buenos, continuaría con los mediocres y, por supuesto acabaría en manos de quien fuese capaz de llenar algunas carillas con un par de docenas de palabras distintas. Tal vez en esa época la personal opinión de Barrios, expresada con la picardía socarrona que solía emplear, tuviera algún asidero. En la actualidad resultaría absolutamente desproporcionada frente a la presencia de no menos de una docena de escritores en sazón, cuyos nombres, por la recomendación del propio Barrios de ser pijo, pero no tonto, omitiré. Y entre ellos y en su cúspide, se encontraba a no dudarlo, Braulio Arenas.

Sesenta años dedicados al deporte de hacer literatura en un país en el que según Manuel Rojas era difícil llegar a los veinte, no es asunto baladí. Sobre todo cuando no se tiene otro afán que el literario para fundar, sobre él la vida. Porque la de Braulio es una ardiente, pero lúcida pasión que le enajenó virtualmente de toda otra actividad humana que no fuera la de ejercitarse en la maravillosa alquimia de las palabras. Y como para creer que existe entre nosotros una dosis de imaginación místicamente negada, ese mal supuestamente liviano ejercicio le ha permitido vivir de algún modo y ceñirse al fin la bruñida corona de los inmortales. Que ello le ocurra a un poeta surrealista entre gentes de las que se dice que aún las piedras les resultan abstractas, termina por convencer de que, en verdad, al menos para la poesía existe una profunda, auténtica, rica y emocionante vocación nacional.

No sirve para contradecir este gozoso suceso el que Braulio diga que el surrealismo fue una experiencia de juventud y que ya no es un escritor de esa tendencia. Primero: porque tengo su confesión escrita de que "parece que siempre se vuelve a las andadas" - confesión hecha como todas las confesiones al oído, pero cuyo secreto no estoy obligado a guardar - a raíz de la publi-

cación en el año 1975 de las "Actas Surrealistas". Y luego, porque eso de ponerse a pergeñar textos decimonónicos deliciosamente cursis para componer con ellos una novela lúbrica con el humor absurdo, que más encima bautizó con el título rutilante de: "Los Esclavos de sus pasiones" y a la que de llapa sustituyó "Novela de costumbres mágicas, chilenas y sentimentales", me parece, de algún modo maliciosamente irreverente, otra vuelta a las andadas.

Pero, en fin, dejemos a Braulio tratando de persuadirnos de sus razones y volvamos la atención a algo más íntimo que, además, de su obra, revela las cálidas suavidades de su ánimo, voluptuosa de emociones como una sensitiva de la fugaz caricia que la retrae. Deberé para ello traicionar la confidencialidad de una carta y espero que la naturaleza bondadosa de Braulio sepa perdonármelo.

Con ocasión de una frustrada visita a Coyhaique, de la manera despreocupada en que uno se comporta cuando cree que está solo, pero en la que de todos modos asoma la elegancia cuando verdaderamente se posee, Braulio me decía:

"Estuve allí en 1958 (¡caramba, cómo pasa el tiempo!) y tengo de esa ciudad y de Puerto Aysén una visión imborrable, la que quise dejar consignada en un poema, desgraciadamente sólo publicado en una revista. Decía, más o menos, que iba guiado por lo que me habían dicho de la belleza del paisaje, que atravesamos el Corcovado en la barcaza Goycolea, que el mar furioso nos jugó una mala pasada y casi estuvimos a punto de naufragar, que concluí entonces que la belleza únicamente se obtiene después de haber tocado el borde de la muerte, que me deslumbraron las toninas, los árboles verdes con las sienes grises por la nieve, los canales, etc. pero que, al fin y al cabo, eso no era todo, pues los habitantes de la provincia nos dieron una lección del alma - a nosotros que integrábamos una Escuela de Temporada de la Universidad de Chile -, pues más tarde - y decir tarde en Coyhaique es decir la noche de los tiempos, cuando se está en julio, en pleno reino invernal - cuando nos habíamos reunido en la escuela, para dar comienzo a las tareas, un súbito apagón de luz dejó en tinieblas al pueblo y al mundo. Mirábanos la noche por los ventanales, y de pronto vimos que toda la gente venía al local de clases portando lámparas encendidas. Las lámparas refulgían en plena noche, y de ahí obtuve la experiencia de que, con voluntad, el hombre no se deja vencer, y, además, de que no era la belleza la que yo iba a buscar sino el alma: esto es, grosso modo, el poema: "En el confin del alma"

Arenas auríferas [artículo] J. Newrath.

Libros y documentos

AUTORÍA

Newrath, Jorge, 1935-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Arenas auríferas [artículo] J. Newrath.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile